

Este relato pertenece a la novela de Nuria Labari

'Los borrachos de mi vida'

(Ed. Lengua de Trapo)

Cómo empaparte sin ver la lluvia

Dos años después di que tus padres se *están divorciando*. Díselo al jefe de estudios en el despacho cuando te señale los suspensos. Di que se están divorciando y siéntete como un hijo muerto. La psicóloga del instituto te pedirá entonces que hagas otro dibujo. Será la tercera del año que se interesa por tu arte. Pinta un niño ahorcado, algo que la descoloque en tonos negros. O mejor pinta una familia feliz en la puerta de una casa sólida con las tejas rojas. O un árbol lleno de hojas delgadas con los bordes ondulados, como un roble. Añádele tres manzanas estilo Blancanieves. Da igual. No importa lo que dibujes, cuando hayas terminado, ella dirá: “No es tu culpa. Tienes que entender que ellos deseaban otra relación. Ya no quieren ser esa clase de compañeros”. Debes saber, cuanto antes, que sí es tu culpa. Tu culpa es que no puedan separarse del todo.

Cuando vayas a casa de tu madre bebe un vaso de agua. Ella contendrá la respiración al escuchar tu sorbido. Por un momento creará que él está en casa. Ríete con él cuando a Casillas le metan un penalti. Tu padre agachará el cráneo cuando distinga el cacareo de ella en tu risa. Cada uno odiará esa parte de ti. Tú ódiate entero. Por tu culpa no se han divorciado. Por tu culpa se *están divorciando* y así será mientras vivas.

Camina hacia casa después del instituto. Vete solo. Tu mochila sólo tiene un asa. La otra se rompió la segunda semana de clase. Estuvo un tiempo rondando tu habitación pidiendo una segunda oportunidad. Has pesado el macuto antes de salir por la mañana y sabes que son cinco kilos y trescientos setenta y cinco gramos. Camina 15 minutos cargando todo el peso en un solo lado. Primero cuélgatelo de un hombro hacia atrás, luego del mismo hombro hacia delante y después repite en el otro las dos opciones. Ve rotando todo el camino entre las cuatro posiciones de carga.

Entra en tu habitación, tira la mochila. Siente placer al escuchar su ruido a plomo contra el techo de la vecina. Esa vieja se ríe demasiado. Desea que no sonría nadie nunca más.

Cierra los ojos. Coge el mando de la minicadena y aprieta el Play para que salte el primer CD. Con la música tan alta es imposible escuchar ninguna risa. Cierra los ojos. Abre. Frente a ti está tu colección de coches acumulados entre los dos y los doce. Tú no los has puesto ahí. Tampoco los has quitado. En otra balda están los muñecos *Clicks*. El barco pirata sirve de choza a todos los que han logrado sobrevivir: policías, vaqueros, granjeros, indios y también el mini niño Jesús del portal de Belén de los *Clicks*. San José y la Virgen naufragaron. Imagínate a tu padre muy quieto delante del barco cuando tú no estás. Imagina que mira a los ojos a uno de los piratas y que después prueba a doblarle por la mitad para dejarlo sentado sobre el galeón, como si quisiera ponerse a jugar. Imagínate que le ves soltar una lágrima sobre uno de los vaqueros del barco fantasma. Decide dejar la nave tal y como está durante algún tiempo. Y decide también deshacerte de ella cuanto antes.

Di “Ya voy” cuando escuches muy lejos la voz de tu padre llegar entre la música a tu habitación. Di “Que ya voy” cuando repita. Incorporate lentamente hasta tus cascos inalámbricos, conéctalos a la minicadena y vístete con tus orejeras electrónicas. Di “Tranquilo, ya estoy” cuando oigas los nudillos de tu padre contra la madera. Escucha sus pasos alejarse en el pasillo. Al salir de tu habitación cierra la puerta del todo, como si escondieras algo y siente que todas las cosas, los coches, los *Clicks* y la mujer del póster que hay a la izquierda de tu cama, se echan a llorar. La música es lo único que calla todo lo demás. También te calla a ti si la pones muy alta para que te grite por los inalámbricos. Llévala siempre contigo. Llévala, sobre todo, cuando haya personas de tu familia cerca. Llévala sin falta a la hora de la cena. Camina hasta el sofá de dos plazas y déjate caer como una mancha. Fíjate en que él se sienta a tu lado flexionando suavemente las rodillas, con los hombros ligeramente hundidos. Mira fijamente el sillón orejero de cuero mientras él te sirve Coca-Cola sin cafeína. Recorre con la mirada los

arañazos de la butaca y piensa cuánto tiempo hizo falta para destrozarla así. Recuerda a Mau afilándose las uñas contra el respaldo. Imagínate que todavía vive contigo y que está bebiendo agua en la cocina. Imagínate que se sube a tu pierna para pedir comida y metes las manos entre su pelo de angora para tropezar con el millón de nudos que esconde debajo de la melena. Imagínate que Mau te ha perdonado y que no odia la supuesta granja donde fue a parar. Imagínate que existe la granja. Y, a continuación, pregúntate por qué no pueden irse los hijos con los gatos a esas fincas de reposo después de un divorcio.

Después de que tu padre no haga ningún comentario a la música que se escapa de tus orejas a todo volumen y suba el volumen del televisor para ignorar lo que estás escuchando, quítate los cascos. Déjalos a tu lado en el sofá, como si fueran una nueva mascota de raza Sony.

Traga la Coca-Cola sin cafeína como si fuera agua sucia y explica una vez más que no te gusta.

—¿Por qué otra vez sin cafeína? Te he dicho que no sabe igual.

—Porque no duermes. Sabes lo largas que son las noches. Tienes de la normal en la nevera.

No contestes ni te muevas. Piensa que es cruel.

Intenta que él no te vea sonreír cuando regrese a la mesa con las cajas del *Kentucky Fried Chicken*. Alégrate de que no haya cocinado y alégrate de estar con él y no con tu madre. A continuación, odia el amor que ella añade a cada plato que prepara (como si quisiera envenenarte) y agarra un ala de pollo crujiente sin miedo. Cómetelo sabiendo que es un alimento limpio, que nadie te pedirá nada a cambio de tus mordiscos. Mastica recostado en el sofá y llévate una cucharada de ensalada de col a la boca antes de terminar de masticar. Come muy lentamente y mezclando varios alimentos a la vez,

como si fueras un crío de seis años y en cualquier momento se te pudiera hacer bola. Mira fijamente la mancha que ha dejado el líquido blanquecino de la ensalada sobre tu sudadera. Compárala con la de tomate que hay más a la izquierda. Trata de recordar cuánto tiempo lleva ahí la de tomate y reconoce que no lo sabes. Siempre que comes en casa de tu padre hay algo que lleva salsa de tomate, generalmente espaguetis. Intenta descubrir cuántos días has ido al instituto con la misma sudadera y la misma mancha. Concéntrate en los calzoncillos para descubrirlo. Siente cómo te aprietan. Tira del elástico hacia arriba del pantalón y nota que llevan demasiado tiempo contigo. La parte que asoma por los pantalones contrasta ya con el azul más claro que conserva el pedazo de tela que no está a la vista. Agacha la mirada a los pies y eleva el dedo gordo cuando veas el agujero en el calcetín derecho para calcular el tamaño del boquete. Piensa en rendirte. Asume que quizás sea hora de llevar siempre en la mochila del instituto unos calzoncillos limpios y un par de calcetines, como si pudieras hacerte caca en cualquier momento, como un bebé que necesita la muda a mano. Acepta de una vez que formas parte de ese grupo de personas que no tienen toda su ropa interior en el mismo cajón, que ni siquiera tienen toda en la misma casa. Serás siempre dos o tres mudas menos que los demás.

Estrangúlate la tripa al pensar que Tamara ha podido señalar la mancha con su dedo índice y reírse de ti. Piensa que ha podido incluso comentar el tono grisáceo de tus calzoncillos con la imbécil de Amelia. A ella le gustan los pijos con polos de Tommy Hilfiger en blanco y rojo. Díselo a tu padre.

–Quiero un polo de *Tommy Hilfiger*.

–Son como todos pero 50 euros más caros. ¿Es imprescindible genéticamente que te conviertas en un pijo?

–Odio a los pijos. Sólo quiero parecer uno de ellos y ellos llevan esos polos. Podrías regalarme alguno de los tuyos, tú tienes de esa marca ¿no?

–Sí claro, te regalo todos. Yo ya no tengo que ponérmelos nunca más.

Sonríe al darte cuenta de que, al final, el divorcio no es más que una moda pasajera, como cuando los patines en línea aniquilaron al monopatín. Igual que la primavera llega al Corte Inglés, cargada con las mismas novedades todos los años, pero siempre más cara. Observa a tu padre y vuelve a dudar de él. Desde que vive solo parece un impostor, como si fuera el marido de tu madre disfrazado de otra persona. A primera vista, no sabrías decir si se trata de un mendigo elegante o de una calcomanía desgastada de él mismo en otro tiempo. Presta atención a las pelotillas de lana que se amontonan en la pechera de la chaqueta que lleva desde el día del juicio contra tu madre. La chaqueta cambia de colores y texturas dependiendo del frío y las estaciones, pero tienes la sensación de que en realidad lleva la misma desde que se *está divorciando*. Fíjate en la camiseta de algodón negro de debajo y en los vaqueros desgastados en una fábrica. Son de Valentino. Intenta decidir si con su nuevo aspecto parece más joven o más solo. Recuerda cuando regaló en bolsas de basura toda la ropa marcada como PdH, *Pedro del Hierro*. Ella elegía cada conjunto, combinaba las camisas con las corbatas (y hasta con los zapatos). Y él, después de vestirse bajo aquel sello durante más de quince años, amaneció con ese odio por cada prenda PdH, especialmente por los pantalones –con el logo grabado en las trabillas delanteras– y los calcetines. Recuerda cuando creíste que, de algún modo delirante, él había descubierto que tu madre bordaba a mano cada inicial con un código por encima de la moda: Hijo de Puta escrito al revés.

A continuación, contempla a tu madre vestida como si tuviera que regresar al instituto 30 años después. Imagínatela con una chaqueta entallada y unos vaqueros sin bolsillos

en el culo con un tanga debajo. Visualiza su nuevo corte de pelo (ya teñido de rojo), la silueta de un bacalao conservado en salmuera cayendo sobre su espalda. Observa los pendientes de aro tamaño pulsera que se atreve a colgar de sus orejas de madre. Pregúntate a quién le está haciendo esto y por qué. Piensa también que, en la forma de vestir, eres el mejor de los tres. Los pantalones terminando en mitad del culo, con los calzoncillos sobados a la vista y las perneras mucho más largas de lo que tu estatura se puede permitir, recordando a todos que aún crecerás más, que piensas hacerlo pase lo que pase. O mejor, como si las perneras largas fueran ya tus piernas más largas. Sudaderas siempre. Con grandes capuchas de algodón. Imprescindibles. Sirven para no ver la lluvia aunque te estés empapando. No te gusta ver lo que te cae encima. Siempre llevas canguros de algodón con capucha, como quien viaja con un pasaporte. Acuérdate entonces de aquel artículo de la revista *Vogue* que la profesora de literatura os entregó para hacer un comentario de texto hace dos semanas. Adivina qué piensa la gorda de tu profesora cuando ve lo buenas que están las modelos. Pregúntate por qué lee el *Vogue* esa foca. Decide que la periodista imbécil que usó a Eminem en su columna para describir el look “No tengo ni idea de quién soy ni me apetece descubrirlo” es también gorda. Vuelve a recordar, ahora con placer, casi deletreando, las frases que memorizaste de su columna. “Resulta arriesgado pero es va-li-en-te y chic, funciona. Sa-ca par-ti-do a lo que más te a-sus-ta”. Piensa que, según la periodista imbécil, tu madre, tu padre y tú podríais seguir la misma tendencia. Salvo porque tú no estás asustado.

No digas nada. Cuando llegue el momento, escucha atento la mejor noticia del telediario de las nueve: el divorcio de Barbie. La muñeca ha dejado a Ken, su novio desde hace 43 años, por Blaine, un surfista algo más joven que ella. Lo anuncia Russel Arons, vicepresidenta de marketing de *Mattel*, en inglés, y debajo le ponen subtítulos en blanco. Piensa en decir: “Ya podía haber sido lo vuestro así de fácil. ¿Te imaginas a

mamá pillando olas con un cachas de plástico?” Sonríe suavemente hacia dentro, pero no hables, aunque te parezca inofensivo. Nunca bajas la guardia. Tu padre es peligroso: aunque no pare de decir que quiere lo mejor para ti, hará siempre lo mejor para él. Justo lo contrario que tu madre. Ella cree que lo mejor para ella es lo mejor para todos, por eso no deja de intentar convencerte. Fíjate en las tetas de Barbie ahora que la sacan desnuda de mitad para arriba y piensa que sus pechos de mentira son muy excitantes, ahora que las mujeres de verdad también los llevan de plástico. Piensa en las niñas de seis años deseando unos igual de tiosos y en la posibilidad de acariciar tetas de silicona a partir de tercero de la ESO. Tienes 16 y aún no has tocado una teta. Nota que llevas demasiado tiempo masticando el pollo sin éxito y piensa en dónde escupirlo mientras juras, en silencio, que ya sólo comerás papilla o que no comerás más. Considera, por un momento, la posibilidad de hacerte anorético y pasar para siempre del paripé de las comidas. Coge fuerzas con la sensación de libertad que te da la idea de un mundo donde no es obligatorio tragar y vete al baño con la boca llena. Deja caer la bola de pollo en la taza. Orina a continuación sobre el animal masticado y siente que los calzoncillos no resistirán un día más. Decide que dormirás esta noche en casa de tu madre, que te irás en cuanto termines de cenar. Decide llamarla por teléfono para avisar y luego piensa que no, que usarás tus llaves. Antes de volver al salón, ensaya la cara en el espejo, es lo único que puede salvarte. Diga lo que diga, tú debes mantener ese gesto neutro y hueco sin vacilar. Es la guerra.

Cuando estés en su casa, escúchala sin mover un músculo. Sin apretar los puños, sin saltar. Si le contestas una sola vez, te habrá vencido. Desayuna fuerte. Tienes que comer de todo. Lávate los dientes. Prepara la ropa para mañana. Recoge tu plato. Haz tu cama. Estudia. No llegues tarde. No fumes. No bebas. ¿Sigues saliendo con ese chico? Córtate el pelo. Súbete los pantalones. Lávate las manos antes de cenar. Pon más cuidado en lo

que haces. Ponte un abrigo antes de salir. Quítate los cascos para hablar conmigo. Levántate ya de la cama. Ayúdame a subir las bolsas. Escúchame de vez en cuando. Dime cómo estás. Llama a tu abuelo. Ponte colonia. No te revientes los granos. Echa esa camiseta a lavar. Tienes que comer pescado. Mastica. Celebra tu cumpleaños. Descálzate antes de tumbarte en el sofá. Recoge la Play Station. Haz el favor de bajar la música. Apaga de una vez el agua caliente. No arrastres así la mesa. No cierres con el pie los cajones de tu armario. Límpiame las manos antes de abrir la puerta. ¿Es que hay que decírtelo todo? Atiende. Escucha. ¿Por qué me haces esto?

Prueba superada, todos los músculos quietos. Tu cara sigue pegada al espejo como una fotografía. Piensa que te estás haciendo un hombre, que cada día eres más fuerte, que lo conseguirás. Entonces observa en el cristal cómo se te han hundido los ojos. Fíjate en todas las espinillas que te rodean la nariz, en la irritante pelusa negra de tu bigote aún añorado, en los incontrolables rizos del flequillo cayendo sobre la frente demasiado grasienta. Piensa que quizás no vayas, que a lo mejor los calzoncillos de tu padre te sirven mañana y que puedes estrenar uno de sus polos de *Tommy Hilfiger*. Decide cambiar de gomina en el último vistazo.

Regresa al salón. Tu padre ya ha empezado a recoger, va metiendo unos envases del *Kentucky* en otros para que ocupen menos en la basura y luego barre el saloncito donde cenáis. Ayúdale. Lleva los vasos, las bebidas y los tenedores a la cocina. Fíjate en el cazo de acero que reposa ya seco sobre el escurridor de plástico que tu padre compró en algún *chino*. El cazo es de cuando las cosas debían durar más que vosotros, es lo único que él salvó de la otra casa, para calentar la leche del desayuno cuando todavía no tenía microondas. Todos los demás objetos que ha metido en su cocina son baratos, no durarán ni dos años. Los vasos de vidrio son tarros de Nocilla reutilizados. No tiene una sola copa de cristal de *chin chin* en toda la casa, como si no hubiera nunca más nada que

celebrar. Él tiene dinero, pero ha elegido rodearse de cosas prescindibles. Piensa que a lo mejor tú no vales mucho más que el escurridor. Abre el cajón del desayuno en busca de papilla y date cuenta de que, al final, no has hecho más que rumiar y escupir pollo. Inexplicablemente, junto a las galletas, aparece el mortero amarillo de cerámica y, pegado a su esmalte, la mano de tu madre aplastando los ajos antes del asado de un domingo cualquiera. Sabes que él no sacó este mortero de la otra casa para aplastar ajos. Siente vergüenza por andar juzgando los vasos de tu padre y reconoce que eres un niño. Ve a por tus inalámbricos y ponlos a tope. Por una vez, tu cabeza gritará más alto que la música y sólo repetirá que eres un mimado, un malcriado irritante y dañino. Asume que tu vida ha estado llena de caprichos. Caprichos, conversación y cascos inalámbricos. Al fin y al cabo, los caprichos no son otra cosa que injusticias. Y el caprichoso es el primero que las padece. Vete a casa de tu madre.

Piensa, durante un segundo, en decir a tu padre que le perdonas. Atrévete, por un instante, a reconocerte a ti mismo que a ella se le han agrisado los ojos. Arriégate a dejar que te diga que todo lo que hizo lo hizo por ti, a dejarle acabar esa frase que lleva atragantada. Decide que pueden seguir mimándote todo el tiempo que quieran. Mira a tu padre fregar los platos y los vasos de la cena y siente ganas de abrazarlo y gritar. Finalmente, da un beso a tu padre. Dale también un abrazo muy breve, como si aplaudieras con los brazos y él se colara en medio por accidente. Desea quedarte con él. Di “Hasta mañana, papá, duermo donde mamá para reponer calzoncillos. Vengo a comer”.

De camino a casa de tu madre, desea que ella esté en casa cuando llegues y que se quede callada. Imagínate que te prepara un baño y se acuesta antes que tú. Sueña con que te deja la cama abierta por el lado derecho. Mientras esperas al autobús recrea el

placer de ponerte los calzoncillos de goma negra arriba. En ponértelos limpios. En estar limpio.

Entra en una casa vacía. Busca a tu madre y comprueba que no está. Alíviate. Luego, siente un gran peso en el estómago. Después un vacío. Y peso, vacío, peso. Piensa por qué habrá dejado su cama sin hacer. Fíjate en unas bragas usadas que hay a los pies de su cama y recuerda que ha conocido a alguien. Vete a la cama.

Antes de apagar la luz, guarda un par de mudas en la mochila que llevas al instituto. Por si acaso.